

## LA MEMORIA PERDIDA

*A Mario, Alma en el Cosmos.*

Alzo mi mirada al cielo raso de la noche. Nadie podrá negar que sea un espectáculo formidable. Pequeños puntos de luz brillan en la oscuridad, como perlas caprichosamente diseminadas en una lisa tela de terciopelo negro. La realidad que las describe, sin embargo, nada tiene de poético.

Enormes hornos de gas de hidrógeno y de helio, alimentados por continuas reacciones termonucleares. Eso son las estrellas. La luz que vemos en este preciso instante escapó de esas calderas infernales hace miles, tal vez millones, de años y ha recorrido distancias que escapan a nuestra comprensión. Casi todo lo que tenemos sobre nuestras cabezas en esta serena noche estrellada escapa a nuestra comprensión. Después de todo, tal vez no sea mal sistema recurrir a la poética o a la mística para poder integrarlo en nuestros esquemas de razonamiento. Eso es lo que ha hecho el hombre desde la noche de los tiempos.

Somos hijos de las estrellas, de la primigenia explosión que marcó el tránsito de la Nada al Cosmos. Toda la materia surgida en ese primer microsegundo lleva millones de años expandiéndose en todas direcciones, como si huyera aterrorizada del centro de aquel insólito cataclismo.

Nosotros, los seres humanos, habitamos uno de esos miles de millones de partículas de materia, el planeta Tierra, un minúsculo punto oscuro situado en el borde de uno de los brazos de una modesta galaxia, la

Vía Láctea. Vivimos en las afueras de esta pequeña comunidad, muy alejados del núcleo histórico. Unos cien mil millones de estrellas, y otros tantos planetas, son nuestros vecinos en esta galaxia. Como ésta, y mucho mayores, existen en el universo conocido unos cuantos cientos de miles de millones más. Mucha materia, tanta que puede llevarnos a creer que el Universo rebosa de ella.

Nada más lejos de la realidad. En el Universo reina el Vacío, inmenso, frío y negro. Toda la materia existente apenas logra llenar una mínima parte de este vasto imperio. Nos encontramos, probablemente, ante el mayor de los misterios. Todo lo demás pierde relevancia y puede quedar relegado a la categoría de simple anécdota cuando se encuadra en este marco de proporciones cósmicas. Y es que todo lo que tiene que ver con el Cosmos es desproporcionado.

Nuestro planeta es uno más entre otros diez mil millones de billones de planetas. Es nuestro hogar. Una casa pequeña y modesta, desde luego, pero única, preciosa y vital para nuestra especie. También lo es para el resto de criaturas vivas que coexisten con nosotros. Tanto unos como otros somos seres sofisticados, de una complejidad y especialización maravillosas. Somos el resultado de 4000 millones de años de evolución, casi la edad que tiene nuestro planeta. La Tierra ha tenido un particular apetito por la Vida y ha sido espléndida con ella. La Evolución se ha encargado de depurar esta abundancia. Algunos de nuestros actuales vecinos, como los peces, los reptiles y los anfibios, son realmente viejos. Hace unos 500 millones de años que aparecieron, y desde entonces no han hecho más que luchar por adaptarse y por sobrevivir. Nosotros somos unos recién llegados. Apenas cien mil años de evolución. Hemos vivido los dos últimos segundos de un día de veinticuatro horas. Honestamente, no es mucho tiempo como para creernos los dueños del mundo. Actuamos, en cambio, como si esto fuera cierto. ¿Por qué? La respuesta se halla en nuestra mente.

La raza humana no es tal vez el producto más depurado que ha salido de este laboratorio biológico. Sí es, sin embargo, el único en el que la Vida se ha transformado en Consciencia. Consciencia e inteligencia van unidas de la mano. Constituyen un binomio poderoso, casi

invencible. Esta ha sido nuestra única ventaja competitiva real en el ciclo duro e implacable de la lucha por la supervivencia. Nos hemos adaptado perfectamente a este planeta, hemos colonizado la mayor parte de él, explotamos sus recursos y dominamos al resto de especies con las que compartimos casa. Empezamos, incluso, a mirar con interés y una cierta cautela más allá de las fronteras de este planeta azul. No está mal para unos recién llegados.

Hemos desarrollado una civilización tecnológica, plagada de ingenio e imaginación, y, al mismo tiempo, hemos desarrollado la capacidad para autodestruirnos. Ambos son hechos sin precedentes en la Evolución. Se suele decir que no existe en la Naturaleza mecanismo más complejo que la mente humana. Probablemente sea cierto. La consciencia de nuestra existencia nos ha permitido diferenciarnos del resto de seres vivos, para lo bueno y para lo malo. Por encima de un comportamiento puramente instintivo somos depositarios de los dones de la reflexión, del amor y de la piedad. Desgraciadamente, también lo somos de la crueldad, del odio y de la venganza. En medio de esta dualidad de fuerzas y de comportamientos hemos crecido y nos hemos hecho adultos. No hemos llegado, desde luego, a nuestra madurez. Tal vez tampoco tengamos la oportunidad.

Impulsados por una curiosidad inagotable, hemos sido capaces de lo mejor y de lo peor. De nuestra mente creativa surgieron el Arte, la Música y la Poesía, formas abstractas de interpretar el mundo que nos rodea y de rescribirlo de una forma nueva, sutil y con frecuencia apasionada. Surgió también la Ciencia, una manera inquisitiva y estimulante de observar la Vida, de discernir y comprender las leyes que la rigen. La Ciencia nos ha hecho poderosos. Somos ya capaces de modificar nuestro entorno, de alterarlo a nuestra conveniencia. Algunas de estas leyes empiezan incluso a estar peligrosamente al alcance de nuestra tecnología, al extremo que entre nosotros se alzan ya tímidas voces planteándose las implicaciones éticas de estos avances. Y es que de adorar a los dioses a creernos dioses sólo hay un paso.

De nuestra mente han surgido también formas terribles y sofisticadas de hacer el Mal. La explotación del hombre por el hombre, el uso del

hambre y la pobreza como instrumentos de dominación y el desarrollo de ingenios de destrucción masiva son buena prueba de ello. Pertenecen a la página más triste y negra de nuestra memoria. El recurso a la violencia ha sido una constante a lo largo de nuestra corta historia. Guerras por motivos religiosos, étnicos, ideológicos o económicos. Guerras todas ellas fratricidas por serlo entre seres de la misma especie que todavía no saben que comparten inevitablemente un Destino común.

Somos aves de paso cuya presencia apenas justificará una breve línea en la vasta enciclopedia del Cosmos. No somos perdurables. Todo vestigio en este fatigado planeta de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que seremos desaparecerá dentro de unos 5000 millones de años, cuando el Sol, nuestro horno particular, se apague.

Desde luego, es probable que la raza humana haya desaparecido mucho antes, víctima de su propia vorágine evolutiva. Pero puede que no, puede que el hombre sea antes capaz de solucionar sus propios problemas de identidad y de convivencia, de romper las asfixiantes fronteras políticas y culturales que nos han constreñido en una larga e inexperta infancia. Sólo entonces nos sentiremos miembros de una única Aldea humana y eso sí que nos hará realmente poderosos. Todo el ingenio existente y toda la energía creativa concentrados en la única tarea de profundizar en el conocimiento del fenómeno de la Vida, algo que posiblemente nos ayudará a mejorarla y a potenciarla, e incluso a descubrirla y aceptarla en formas que ni tan siquiera sospechamos, en un Universo probablemente rebosante de Vida. La tarea puede parecer inmensa, pero constituye un reto a nuestro intelecto, un desafío que merece la pena acometer.

Algo hemos avanzado en este camino, aunque cuanto más lo hacemos más nos damos cuenta de lo que queda por andar. El ansia de saber es inagotable como inagotables son, en este caso, los motivos para hacerlo. Vivimos, pese a todo, en un estado de profunda ignorancia frente a los misterios que rodean a este Cosmos todopoderoso, frente a las grandes preguntas que de vez en cuando nos planteamos en nuestra calidad de especie dotada de Consciencia. ¿De dónde venimos?, ¿por qué estamos?, ¿hacia dónde vamos?

La respuesta a estas cuestiones no pertenece, probablemente, al dominio de la Ciencia. Filosofía y Religión han sido también formas alternativas de aproximarse a la orilla de estas ignotas playas. No creo que la dificultad estribe en el método empleado. Puede que se trate de una pura y simple cuestión de limitación derivada de nuestra condición humana. Y es que entramos en un terreno sinuoso en el que nuestra mente no se siente cómoda. Tal vez así deba ser. O tal vez no, y sea el propio impulso evolutivo el que nos lleve en un futuro a desprendernos de humanos clichés y nos permita acceder a alguna de las grandes verdades.

Queremos perdurar en el tiempo. La voluntad de perpetuarse está arraigada en lo más hondo del código genético de cualquier ser vivo. Es, por tanto, una pretensión lógica. Mirada, sin embargo, desde una perspectiva cosmogónica, no deja de ser una pretensión inocente e incluso tierna. Anhelamos la Eternidad cuando ni tan sólo el propio Universo es eterno.

Sea por nuestros propios actos o por la acción irremisible de leyes cósmicas inmutables, lo cierto es que la Tierra, nuestro precioso hogar, desaparecerá en un futuro previsible llevándose consigo en ese breve instante de inmolación final todos nuestros recuerdos, nuestras obras, nuestra memoria colectiva, la nuestra y la de todos los seres vivos que la habitaron en un momento u otro. Ser consciente de este final me produce una sensación de desasosiego difícil de definir.

Alzo de nuevo mi mirada y mis brazos al cielo estrellado de la noche. La luna llena lo baña todo de una luz pálida y plateada. Mis gestos y hasta mis pensamientos son observados en este preciso instante por el Padre Universo y por todas las criaturas que lo pueblan. Me imagino por un instante solo ante ellos, en representación de todas las especies que fueron privilegiadas por la Vida en nuestro planeta. Las sombras de nuestros antepasados ocultan mi propia sombra. Todas las vidas vividas desde la noche de los tiempos se agolpan a mis espaldas. Apenas un latido en la escala cósmica.

Quienes en un lejano futuro hagan recuento de nuestras obras tendrán, sin duda, dificultades para valorarlas. Estarán probablemente desorientados ante una especie en cuyo legado coexisten las mayores maravillas junto a los más penosos horrores. Como quiera que sea, tanto nuestras virtudes como nuestras miserias forman parte indisoluble de nuestra Realidad, e incluso es posible que ambas por igual nos hayan enriquecido. Son, en definitiva, nuestro patrimonio y como tal deberemos asumirlo y preservarlo.

Parte de este legado viaja ya a bordo de los Voyager, dos naves lanzadas al espacio en los años setenta. Contienen una muy breve recopilación de nuestras señas de identidad, un simple saludo de bienvenida a quienes las encuentren. Son los sonidos de la Tierra. Otras naves les seguirán en el futuro, pero, con todo, se nos antoja un esfuerzo simbólico ante una tarea descomunal.

¿Quién nos recordará? ¿Se perderá nuestra Memoria en el frío vacío interestelar?

Puedo sentir por un instante fugaz el movimiento de esta nave que llamamos Tierra. ¡Ha sido nuestra casa durante tanto tiempo! Su suerte será nuestra suerte, salvo que seamos capaces de dar el Gran Salto a las estrellas. Quizás lo consigamos. ¿Quién hablará entonces en nombre de la Tierra?

Francisco J. Lozano